

co y adusto, nos preguntó tartamudeando, ¿por qué no veníamos *en regla*? Confieso que la repugnancia insuperable que me causa siempre la mentira, estuvo á pique de hacerme declarar la verdad: no obstante la idea de que podía ser útil al rey, y el temor de comprometer al desconocido que nos había hecho tan gran fineza, me determinaron á disimular. En contestacion presenté únicamente mi pasaporte: lord Fitz-Asland hizo otro tanto, y pregunté en seguida, si no se venía *en regla* con tales documentos. Habiéndolos comprobado el administrador, nos los devolvió con un ademán de disgusto, y luego encarándose con el gefe de la escolta; cabo de escuadra, le dijo con un reniego, entrega esta órden al comandante del puesto: es un necio, á quien he de calentar las orejas, para enseñarle á aprovechar el tiempo. — En diciendo esto, nos

despidió. Nuestra comitiva se desvió, y apenas tuvimos un momento para espresar á nuestro bienhechor con una mirada, que nuestro reconocimiento igualaba al servicio que nos había hecho. Se sonrió melancólicamente, y por sus ojos levantados con languidez al cielo me pareció que suspiraba. Todo esto fué para nosotros, ó á lo menos para mí, un enigma, cuya esplicacion vine á saber con el tiempo.

Por mas extraño que fuese este incidente, acababa de ocurrir en circunstancias tan extraordinarias, que en medio del cúmulo de acontecimientos que se agolpaban por minutos, apenas nos llamó la atencion. La suerte de Luis XVI aprisionado en los lazos del cautiverio, me ocupaba totalmente. Dejé en casa á mi alumno, y luego me encaminé á las Tullerías. Atravesaba el puente real de una acera á otra, cuando me sentí asido por el brazo,

y habiendo retrocedido, vi que era Aubier, gentilhombre de cámara. Señor de Fermont, me dijo, mucho me alegro de encontrar á Vd. : hace una hora que he ido á su casa á buscarle, y me han dicho que estaba Vd. en el campo. Temía que hubiesen comprendido á Vd. en la proscripción de estos momentos de desórden.— Me informo luego del pormenor de los sucesos ocurridos en los dos días anteriores, y despues me entregó un billete, estendido del propio puño del rey. Lo traigo en mi cartera, y voy á ver si con la escasa claridad de la luna puedo leerlo, pues como lo hé repasado tantas veces con otros varios papeles, tengo casi enteramente en la memoria su contenido.

CARTA DE LUIS XVI

AL ABATE DE FERMONT.

(Documentos justificativos, número 1.)

« En los Feuillans, 10 de agosto, á las once de la noche.

Ahora comprendo mas que nunca la sabiduría de los consejos de Vd., y el yerro que cometí en no seguirlos. ¿ Me castigará Vd. por él, querido abate; y porqué su rey y su amigo es desgraciado, imitará Vd. á los que le desamparan, como si fuese delincuente? esto me llegaría al alma; pero no espero de Vd. semejante procedimiento. Atienda Vd. sin embargo á su seguridad, y no se comprometa por favorecerme. Tenga Vd. entendido que

así se lo mando, mi amado Méntor, y si es necesario, se lo suplico.»

Bañé con mis lágrimas este papel, y lo estreché contra mi boca y contra mi pecho. Si me había condolido de Luis XVI, cuando aun lo podía todo, infiérase lo que me angustiaría al verle tan miserable. Sin duda hubiera murmurado de la divina Providencia, á no considerar, que de las fatalidades mas desastradas saca muchas veces las grandes é importantísimas lecciones que determinan el destino del mundo. La mano que dió luz al sol y á los astros, y hace girar los cielos, humilla á veces los tronos y derriba los imperios, así como desde el polvo encumbra á lo sumo de la grandeza á un mortal desconocido, para mostrar al universo, que los hombres, los imperios, los tronos, los cielos y los astros son nada en comparacion de su poder.

Dejaba al señor de Aubier por ir cor-

riendo á los Feuillans; pero él me detuvo advirtiéndome, que con mi trage no podría entrar ni en el cuarto del rey, ni en la asamblea nacional. En vista de esta advertencia tan fundada, volví á toda prisa á casa, para atarme el pelo y trocar mi sotana negra en un vestido de color. Con esta trasformacion atravesé sin tropiezo la verja que media entre el pretil de las Tullerías y el jardín: me interné y lo recorrí con rapidez, á pesar de los varios corrillos que había formades por todas partes. Pero como la calle de la primavera y las gradas que la dominan, estaban intransitables á causa de los muchos grupos de gente que allí se habían reunido, me acerqué á oír y recoger sus opiniones. Todas eran en extremo diversas, aunque igualmente exageradas. No se oían mas que imprecaciones contra la familia real, y todos se empeñaban á porfía en idear el modo mas eje-

cutivo de acabar con ella. En su misterioso silencio y en sus miradas tímidas ó llorosas, era fácil el conocer los realistas, los moderados, y algunos sugetos adictos por amistad, interes ó reconocimiento á los ilustres vencidos. Lo que fuí oyendo en suma, no era para serenarme acerca de su suerte, y tenía el corazon en prensa, cuando me encaminé á la sala legislativa.

Bajaba los escalones nuevos por donde se comunica esta con los Feuillans, cuando unos aullidos de furor que resonaban á lo léjos, arrebataron al pronto todas las miradas, y luego á la muchedumbre curiosa, hacia el sitio de donde salían. Al impulso de la oleada tumultuosa tuve que retroceder, y llegar en medio del torbellino hasta el centro de las Tullerías. Allí ví un tercio de gente armada con los brazos arremangados y sangrientos, la cabeza descubierta, los cabellos encrespados

y el rostro lleno de polvo y de sudor, que pedían se les entregasen los suizos que habían quedado presos despues de la refriega de la vispera. Siempre tendré presente, que en medio de aquellos tigres ansiosos de matanza había un jóven, miliciano nacional, de la fisonomía mas interesante, el cual por cuantos medios podían suministrarle un precioso metal de voz, una sensibilidad estremada y el predominio de todas sus circunstancias, se desalaba por excitar la compasion de sus camaradas. Pero á los acentos patéticos de su voz respondieron con rugidos; y si no me engaño, solo con la huida se pudo preservar de su furor, que se volvía ya contra él. Yo tambien me ví apuradísimo para desembarazarme de la turba que se aumentaba por momentos. Demasiado convencido de la inutilidad de mi zelo, y de que me sería imposible por entónces el poder ver al rey, pro-

curé atravesar por la parte mas desembarazada, que era la del terraplen de los Feuillans, y logré ponerme en salvo por la puerta del picadero.

Una escena mas lastimosa que cuantas había presenciado, me estaba esperando en la calle de la Escala. Al pié de la fuente que la separa de la calle de san Luis, acababan de descubrir un cadáver mutilado, acribillado de heridas, lleno de lodo y que empezaba á corromperse con el calor excesivo. Iban á llevárselo, cuando una jóven que andaba hacía veinte y cuatro horas en busca de su marido, se arrojó en medio de los curiosos que habían acudido á este espectáculo. Estaba desgredada, mal vestida, con los ojos encendidos é hinchados de llorar, y llevaba estampada en su rostro la desesperacion mas violenta. Supe despues que un amigo, que fué por casualidad de los concurrentes, le había conocido, y se lo había

noticiado imprudentemente á la desventurada. Al aspecto de aquel cuerpo sangriento y desfigurado, cayó desmayada, y recibida en los brazos de la muchedumbre, se trataba de llevarla á un café inmediato, cuando volvió en sí. Entónces trémula y con la palidez de la muerte en el rostro, se arrima, hinca una rodilla, sin experimentar la repugnancia que la vista y fetidez del cadáver podían naturalmente causarle, le alza la cabeza, y le limpia la cara con su pañuelo; mas no acabando de conocer á quien buscaba por aquellas facciones tan horriblemente desfiguradas, le coge la mano derecha y descubre por fin el anillo nupcial. Inmediatamente despidió un alarido agudo, pues ya la desdichada tenía el desconsuelo de no quedarle la menor duda, de que estrechaba en sus brazos los restos de su marido degollado. Tras el alarido se arrojó sobre ellos, y permanecía allí

tendida, muda, inmóvil, y sin suspirar ni llorar. Todos los concurrentes despavoridos y agitados se aterraron y enternecieron mas, cuando al ir á despreciarla de quien tan en vano idolatraba, la encontraron sin color y sin movimiento. Víctima memorable del amor conyugal, no había podido sobrevivir á su esposo, y había espirado en sus brazos.

Se puede comprender mas bien que esplicar, hasta qué grado debió enconar este espectáculo espantoso las llagas de mi corazon. Veía la faz de aquel pueblo, poco ántes tan placentera, trocada en teatro de desastres. Por todas partes las ruinas del trono se anegaban en arroyos de sangre, y eran atropellados sin distincion y sin miramiento amigos y enemigos. Así una tormenta espantosa y dilatada, conmoviendo el piélagó hasta en sus profundos abismos, inunda la playa con olas alborotadas,

y la llena de horrosos despojos. En qué había de parar aquella irrupcion? no era dado á la prudencia humana el preverlo. Absorto en estas meditaciones y sin consuelo, atravesé parte de la ciudad, reparando de paso la demostracion estraña de terror y de asombro que entristecía todos los semblantes. El trastorno de un trono, arraigado por espacio de tantos siglos, quebrantaba todos los ánimos. Aun los mismos que le habían descargado los primeros golpes, los que en lo íntimo de su corazon, sea por republicanismo ó por ambición, se complacían en verlo derribado, no podían desentenderse de la especie de susto que les causaba el buen logro de sus proyectos. Costaba trabajo acostumbrarse á la idea, de que un soplo de la fuerza popular hubiera casi de repente dado al traves con el objeto, ante el cual se había humillado por tanto tiempo. Por otra

parte los tiranos revolucionarios, los nuevos facciosos, los bisonños partidarios de la anarquía, que por repartirse la diadema habían estraviado al pueblo, temblaban de que se le antojase á este el disfrutar por sí solo de la soberanía que había reconquistado. Cebados ya en el mando, mientras aclamaban la libertad, trataban de remachar los antiguos grillos. Ya pensaban en encarcelar los talentos, que la tiranía llama peligrosos, y las virtudes, que le hacen todavía mayor contraste. Los cuchillos de setiembre se estaban afilando en secreto, la segur de 93 quedaba preparada, y los sayones iban á apropiarse la herencia sangrienta de sus víctimas. La suerte de una familia, derrocada del primer trono de Europa en la miseria y el cautiverio, escitaba tambien un interes y un desasosiego universal; pero por mas entrañables que fuesen

estos impulsos, no tenían bastante fuerza para manifestarse. Se condolían de Luis XVI, gemían por su familia; pero los desahogos eran reservados, los gemidos solitarios y los lloros infructuosos, ya porqué el sobresalto de tantas revoluciones hubiese oprimido los corazones, ó ya por ser característico en la nacion el compadecer á los desdichados, mas bien que el aliviarlos. Lo que al parecer comprueba esta verdad, es el ver durante la revolucion, y en especial desde el 10 de agosto, la conducta de los que se habían declarado parciales del rey. A escepcion de un cortísimo número, que se ha señalado por su adhesion absoluta, todos los demas han visto aherrojar á sus reyes, los han visto penar en los calabozos y morir en el cadalso, sin dar el menor paso para redimirlos de aquel estremo de oprobio y de martirio. Disimúleseme lo prolijo de estas reflexiones

que ofrece el asunto, á cuya narracion paso.

Absorto en la cavilacion mas melancólica y en los vaticinios mas funestos, apenas había echado de ver que me iba encaminando hacia el palacio de Luxemburgo. Entrando en el jardin, me pasmé del sosiego que allí reinaba. El ambiente que mecía las verdes copas de los altos árboles, era fresco y oloroso; y casi en cada hoja una avecilla amorosa trinaba dulcemente, correspondida por un coro de otros pajaritos encaramados á lo léjos. Me senté en un poyo cerca del extremo de la calle de en medio, teniendo á la vista la magnífica cúpula del Panteon, que sostenida por una galería de columnas circulares, contraponía su forma convexa á los ramages que coronaba, y el brillo de sus mármoles suntuosos al grato verdor de los castaños. Al rededor de mí, sobre una dilatada alfom-

bra de céspedes, algunas madres, reunidas en semicírculo, estaban conversando familiarmente, mientras la cuadrilla juguetona de sus hijuelos hollaba risueña la yerba floreciente, y hacía resonar el aire con su alegre canto. Qué cuadros de inocencia y de felicidad! quién creería que cupiesen en el mismo espacio? Allí todo era bonanza y complacencia, mientras la mortandad lo devastaba todo al otro lado del río.

La contraposicion de estas imágenes redoblaba mi tristeza. Por mas que respiraba el aroma de las flores que el cefirillo sacudía con sus alas, mi pensamiento estaba fijo en el rincón, quizás hediondo, donde gemían el rey y su familia. Aquellas mugeres, que con los ojos embelesados se complacían en los juegos de sus niños, me recordaban á la reina, poco ántes tan poderosa, imposibilitada ya de pro-

porcionar el menor recreo á los suyos. ¡Cuán poco apetecible es la grandeza, puesto que con su esplendor no se alcanza la dicha, y al eclipsarse, encrucece el desconsuelo!

El eco monótono de una gaita me distrajo algun tanto. Volví los ojos, y vi que la tocaba un viejo, cano de barba y cabellera, mal cubierto de andrajos, que con el sonido de su instrumento que acompañaba con su voz desentonada, y con sus brincos y regocijo había congregado un crecido número de niños, que reían á carcajadas repitiendo sus coplas. El buen hombre se me acercó sin dejar su concierto, y sin duda la tristeza anublaba bien á las claras mi frente, cuando me dijo: Por la traza, señor, está Vd. pesoso, y á la verdad el trance en que nos hallamos, no es para ménos. Sin embargo, apuesto á que no tiene Vd. tanto motivo como la hermosa María

Estuarda, cuyas querellas estoy cantando. Lo había perdido todo, fuera de la esperanza; pero cuando esta queda (y debe quedar siempre) se navega mucho con semejante tabla. Doy su romance por tres cuartos, y añadido de gracia mi canto con acompañamiento de baile y de música: con que no puede ser la ópera mas barata. — La figura grotesca, el tono estrambótico y el júbilo de aquel Orfeo de Luxemburgo me determinaron á escucharle, y habiéndole aumentado el precio de su romance, canto, música y cabriolas, y puéstole el dinero en la mano, me alargó por fin de fiesta un papel pardo impreso *con permiso del señor corregidor*.

Al paso que el mendigo iba cantando, me ocurrió un proyecto, que al pronto deseché como disparatado, pero de allí á poco ya no me disgustaba tanto. ¿Me sería muy costoso el cargar

con los andrajos de este buen hombre, ponerme una peluca canosa, tiznarme el rostro y situarme con mi instrumento debajo de las ventanas del cuarto de los reyes, para ver si puedo serles de algun provecho? Mi anhelo me cegó acerca de la imprudencia é inutilidad de este paso, y acalorado, quise aventurarme. Acabado el canto me levanté, y dije al viejo que me siguiera. Salí con él de Luxemburgo, le llevé á casa, y sin que el portero lo echase de ver, le introduje en mi cuarto, donde quedó nuestro trato tan pronto cerrado como propuesto. Paguéle el instrumento como quiso, troqué sus miserables andrajos con un vestido completo, ya de mi ropa, ya de la de mi criado; y despues de gratificarle por su condescendencia, le despedí muy satisfecho.

Tambien yo lo estaba, pues al idear un proyecto, la fantasía embelesada

aun con los esfuerzos que acaba de hacer, seduce al ánimo, y le ciega acerca de los inconvenientes que puede acarrearle. El dia siguiente es cuando se suele sujetar á la decision del juicio.

Pero como mi ánimo no era de esperar tanto, iba contando con impaciencia los minutos que faltaban para la noche; y á fin de entretener el tiempo, me ensayé en mi instrumento, que se aprende á manejar en breve, sabiendo algo de piano. Al anochecer me preparé para desempeñar mi papel; y no acertaré á decir lo que me costó el vestirme, y el temblor que me entró, cuando me fué preciso pasar por el retrete del portero. Logré por fin salir sin tropiezo, y me hallé con todos los arreos caminando por la calle de la Universidad, y luego pasé, no sin sobresalto, el paseo de los Feuillans.

Estaba como durante el dia lleno de

corrillos. Con el resplandor de los faroles iba distinguiendo gente de todas clases, ademanes de todas especies y facciones agitadas por todos los impulsos. Cuando las pasiones del hombre andan sueltas, ¡cuán horrible, pero cuán interesante es el observarle! Entonces sale á lo claro lo más escondido de su corazón; entonces la vista puede seguir, por las vueltas y revueltas de aquel laberinto inescrutable, los estragos del odio, los arrebatos de la ambición, el desenfreno de la codicia, los ímpetus de la vanagloria y los proyectos de engrandecimiento. Tal sería el espectáculo del Vesuvio, si abiertas sus entrañas, ofreciesen á los observadores curiosos y estremecidos las fraguas en donde se agolpan, fermentan y forman los manantiales incendiados de las erupciones.

Si en medio de estas escenas, á un mismo tiempo grandiosas y burlescas,

mi corazón hubiera podido mantenerse indiferente y sosegado, ¡cómo me hubiese internado en el conocimiento del hombre! Aquí uno agigantado, con pantalones anchos de lienzo, el gorro á la oreja, cejijunto y bigotudo, proponía con voz desaforada, alargar siquiera por ocho dias los movimientos del 10 contra las autoridades constituidas: allí un orador desatinado, haciendo añicos á Montesquieu y á Rousseau, pedía con alaridos una asamblea de los cinco millones de votantes de que se compone la nación, supuesto que ya no hay democracia para los representados, en habiendo representantes; y mas allá un ciudadano de porte decente, y bastante jóven para ser aficionado al republicanismo, brindaba suavemente con la moderacion. A estos personajes revolucionarios y oráculos de la turba, se añadía un tropel de apasionados estúpidos, de vitoreadores

pagados, de ecos insensatos, un sinnúmero también de indiferentes sobresaltados, ociosos, necios y cobardes.

Cuando me rehice de la conmoción que me causaba el desempeño de mi intento y el temor de su malogro, me senté en la gradería, que está frente de los Feuillans, y empecé á tocar; con lo que se acercó alguna gente á oirme. Despegaba ya mis labios para entonar el romance de María Estuarda, cuya música estaba tocando, cuando un hombre mal encarado rompe la línea, y me manda que me vaya á cantar mas léjos. Así precisamente lo deseaba yo, y mi alegría fué en aumento, cuando me añadió con tono irónico: anda, buen hombre, á regalar con tus ecos el oído *del que fué*; al oír tu concierto, se figurará que mañana es san Luis.

Este pretesto me hacía al caso, por si culpaban mi atrevimiento, y así atravesé el pasadizo y me metí en el

patio. No había debajo de las ventanas de la familia real mas guardia que la de un centinela, cuyo aspecto era agradable, y por lo mismo no tuve reparo en preguntarle, si podía entonar allí sin riesgo una canción; á lo que me respondió, que según sus órdenes no había inconveniente. En seguida, sentándome en uno de los recantones de la galería de los Feuillans, casi enfrente al aposentillo del rey, canté á media voz las dos coplas primeras de este romance.

MARÍA ESTUARDA.

ROMANCE.

Victima del poderío
Llora la noble María;
Su atractivo es el delito,
De que infames la castigan.
Tronos, coronas y cetros,
No os conoce el que os estima;

Yo prefiero á vuestro brillo
El amor de una alma digna.

En tan doloroso encierro,
Solo su pena mitiga
De su tierno amor la idea
Y el cantar esta letrilla:
Tronos, coronas y cetros,
No os conoce el que os estima;
Yo prefiero á vuestro brillo
El amor de una alma digna.

Acababa de repetir este estribillo, cuando empezaron á abrir lentamente la segunda ventana, frente de la cual me había yo situado. Aquel lado del patio estaba tan lóbrego, que no acerté á conocer á la persona que se asomaba; pero quien quiera que fuese, para convencerle de mis intenciones, continué de esta manera:

Ni por un regio himeneo
He suspirado en mi vida,
Ni se arrepintió Lancaster
De contarme por su amiga.

Tronos, coronas y cetros,
No os conoce el que os estima;
Yo prefiero á vuestro brillo
El amor de una alma digna.

Callé de nuevo, y el centinela acercándose, me dijo con un tono triste y compasivo: me temo, que estos han de ser mas desventurados que María Estuarda. Si les quedan amigos, ¿qué se han hecho? — A lo menos tienen todavía uno. — Ya son dos; pero ¿de qué pueden servir un músico y un centinela? — El músico puede cantar romances, y el centinela guardarle las espaldas. — Cotinuád, buen hombre: estas rejas están muy firmes, y se requieren otras manos para quebrantarlas. Marchóse desconsolado, y yo proseguí:

Isabel que me persigue
Por antojo ó por envidia,
Puede que un dia solloze
Y repita arrepentida:

Tronos, coronas y cetros,
 No os conoce el que os estima;
 Yo prefiero á vuestro brillo
 El amor de una alma digna.

Confieso que en medio de mi canto estaba recapacitando las palabras del centinela. Por su garbo decoroso y animado, y por lo enérgico de sus expresiones, le gradué de uno de los nuestros. Levantéme y fuí en busca suya, con ánimo de descubrirme y de combinar algun arbitrio de salvacion. En aquel punto el de la ventana repitió con voz trémula y apocada el estribillo:

Tronos, coronas y cetros,
 No os conoce el que os estima;
 Yo prefiero á vuestro brillo
 El amor de una alma digna.

Habéis oido? me dijo el soldado, acercándose y estrechándome la mano. Muy bien, respondió desde el umbral

una voz agria y ronca: señores realistas, no hay que incomodarse. — Estamos perdidos, dijo el centinela. Vamos, amigo, añadió esforzando la voz, merezcamos la honra de padecer por tan noble causa. — En esto ya el patio estaba lleno de hombres con armas y hachones. El que me había echado de la gradería de enfrente de los Feuillans, me prendió, é hizo que le siguiese. El centinela ya relevado quedó junto á mí, y luego escoltados por un peloton de voluntarios con muchas hachas, nos llevaron por toda la calle de san Honorato, por el puente nuevo y el pretil de plateros, hasta el depósito del corregimiento.

Si me propusiera en esta narracion interesar á Vd. en mi favor, me sería muy fácil, describiendo el martirio que padecí en este primer arresto y en el siguiente. Pero como no quiero desviar la atencion de Vd. de una familia

mucho mas desdichada que yo , omitiré todo lo que respeta á mi persona , limitándome solo á lo indispensable , para no romper el hilo de la grande y lastimosa historia que refiero.

Mi primer cuidado al entrar en la cárcel , fué escribir á mi alumno Fitz-Asland , prohibiéndole espresamente dos cosas ; la primera el venir á verme , y la segunda el dar paso alguno por mi libertad. No estábamos entónces impuestos en las mañas de la tiranía , y así no dudé , que mi arresto acabaría casi en sus principios. Estaba tan imbuido de esta persuasion , que tuve la candidez de firmar el billete con mi nombre verdadero , no sospechando que lo fiscalizasen.

La sala de presos estaba ocupada por unas treinta personas de ambos sexos , sin distincion de edad ni de estado. Había varios gentileshombres de cámara , algunos señores de gerar-

quia , entre los cuales conoté á Rohan-Chabot ; bastantes clérigos , cinco ó seis mugeres y algun estrangero. A nuestra llegada al encierro , donde se hablaba muy alto , se guardó un profundo silencio. Todos fijaron la vista en nosotros , y advertí que el aspecto de mendigo , cuyo porte traía , escitaba la estrañeza y el menosprecio. No podían sin duda concebir , que un portodiosero fuese de bastante consideracion , para estar tan bien acompañado ; pues los reveses de la fortuna , aunque apocan el corazon , no desarraigan las preocupaciones , y hay muchos que no quieren que participen del honor de ser realistas , sinó los petimetres y los grandes.

Escuso la descripcion del nuevo alojamiento , donde no estuve mas que tres horas , al cabo de las cuales me llamaron , y comparecí ante un ministro de policia , quien despues del in-

terrogatorio de fórmula, me hizo trasladar á la cárcel llamada *la Fuerza*. Quise hacer presente, que un desdichado mendigo no era sospechoso ni temible; pero el empleado mirándome con enojo: ese papel que hace Vd., me dijo, no le es decoroso; si es Vd. hombre de bien, el engaño y la impostura deben ser repugnantes á su conciencia. Sea Vd. en hora buena un mendigo y gaitero para el público crédulo; pero bajo esos girones la policía alcanza á descubrir la verdad. Vd. es el abate de Fermont. — Con esta reconvencion tan terminante no había arbitrio para recurrir á la negativa. Me ceñí á disculpar mi conducta con la pureza de los motivos que la habían ocasionado, y pedí licencia para mudar de traje. Me respondió que en la *Fuerza* habría proporcion para esto. En seguida me acompañaron dos gendarmas á un carruaje que nos esperaba á la puerta, y

en él me condujeron á la nueva prision. —

Aquí el señor de Fermont hizo alto, y como la noche estaba muy adelantada nos separamos, aplazándonos para la siguiente á las once, en la tercera coluna del patio de la Magdalena. El espectáculo que acababa de ver y la narracion que había oido, conmovian vivamente mi corazon y me causaban el mayor interés. El sueño me repitió todas estas sensaciones, y por decirlo así, las hincó mas profundamente en mi alma. Al otro dia acudí puntualmente, y no ménos el abate de Fermont, el cual entrado en el cementerio, continuó, paseando, la conversacion, desde donde la había dejado la víspera.